

Juan Esteban Rodríguez Garrido*

Estudiar Historia desde la Literatura: la Invasión de Francia

R E S U M O

A invasão de França é um dos episódios mais marcantes da II Guerra Mundial por supor, possivelmente, o maior logro internacional de Hitler e o ponto máximo do seu poder na Europa. Foi, por esse motivo, um assunto que encontrou um relevante eco na Literatura. Nesse ponto, a colaboração entre a Literatura e a História, para maior compreensão desta, revela-se como uma oportuna possibilidade didática. É o que pretende este artigo: reflectir sobre a relação entre a História e a Literatura, explicar a invasão alemã da França e ilustrá-la com textos literários que ajudem a entender os eventos históricos que aqui se analisam.

Palavras-chave: História; Literatura; Interdisciplinariedade; Invasão de França.

A B S T R A C T

The invasion of France is one of the most relevant events in World War II as it represents, possibly, Hitler's biggest international achievement and the zenith of its power in Europe. It has been, for that same reason, a matter that has found an important echo in Literature. In that sense, the cooperation between Literature and History, for a better understanding of the latter, reveals itself as a relevant teaching possibility. That is what this article proposes, a reflexion about the connection between History and Literature, and an explanation on the german invasion of France illustrated with literary texts that help to understand those historical events here analyzed.

Keywords: History; Literature; Interdisciplinarity; France invasion.

La vocación interdisciplinar de la Historia

Es indispensable no encerrarnos en nuestra propia disciplina, aceptar el reto de analizar la realidad desde diferentes perspectivas. La interdisciplinariedad es posible en la medida en que las distintas disciplinas de las Ciencias Sociales comparten en el fondo el mismo objeto de estudio: el hombre y su sociedad.

Aunque no es nuevo, el término interdisciplinariedad ha irrumpido con fuerza en la enseñanza de unos años a esta parte. El profesorado recurre a él permanentemente, lo maneja y repite en los claustros e incluso lo convierte en escudo protector ante cierto desorden académico de la puesta en práctica de experiencias complicadas.

Gusdorf, autor muy citado y especialista en este campo, encabeza su artículo sobre el *Pasado, presente y futuro de la investigación interdisciplinaria* con las siguientes palabras: *La interdisciplinariedad se impone como un tema tópico, cuya importancia se mide por la frecuencia de las apariciones de esta palabra en el debate filosófico o en las discusiones universitarias. Cualquiera apela a la interdisciplinariedad, y nadie osaría pronunciarse contra ella.*¹

* Profesor visitante da Universidad Complutense de Madrid. Facultad de Educación. Departamento de Didáctica de las Ciencias Sociales.

La Historia es una de las Ciencias Sociales que mejor asumen la interdisciplinariedad pero esto no siempre ha sido así. La propia evolución interna en el concepto y estudio de la disciplina ha determinado el uso de otras ciencias como un indispensable material de trabajo para el historiador.

Cuando hablamos de evolución del concepto “hacer Historia” nos estamos refiriendo al paso que se da entre los antiguos modos de transmitir la Historia a los actuales. Aquella Historia narrativa que, poco a poco, y merced a nuevas escuelas historiográficas como Annales² y a su interacción con teorías político-económicas como el marxismo, va siendo sustituida por una Historia que ahora pondrá su acento en los procesos económicos, en las estructuras sociales, en los medios de producción, en los conflictos de clase, etc. Y también en la llamada “Historia con rostro humano”, es decir, en la Historia de la vida cotidiana, de las minorías, de las mujeres, etc.. Es en este punto, donde el historiador gira su cara a disciplinas como la Economía, la Demografía, la Sociología o la Etnología. Y es en esa dialéctica, en esa conversación de la Historia con las demás Ciencias Sociales, donde se construye el conocimiento integral del objeto de estudio.

La fecunda relación entre la Historia y la Literatura

Los cambios teóricos surgidos en las décadas de 1970 y 1980 abrieron paso a una corriente intelectual que es conocida como Historia cultural. Este tipo de estudios propició un nuevo acercamiento entre la historia y la literatura puesto que los estudios culturales se interesan tanto por la cultura popular como por la “alta” cultura y, por lo tanto, buscan difuminar la línea que separa ambas esferas. Además, estos enfoques enfatizan la esfera política de las obras literarias y de las producciones culturales, es decir, la manera en que las culturas reflejan y crean las estructuras políticas en las producciones literarias. De esta forma, la cultura no es vista como un simple reflejo ni se considera pasivamente determinada por el contexto y, no es autónoma sino integral al marco que la produce, o sea, lo social, político y económico.

Por supuesto la relación entre la Historia y la Literatura ha sido constante y fecunda. Tan constante que pueden llegar a confundirse. La Historia se ha construido nutriéndose de lo literario y lo literario ha bebido de las fuentes de lo histórico, llegando a convertirlo en un género más. En este punto, encontramos en los últimos tiempos un auténtico boom de las llamadas novelas históricas. ¿Qué aportan al conocimiento de la Historia? Esa es la cuestión principal. Para Cascón, *el componente didáctico es esencial en el género. Nos estamos refiriendo a esa relación que se establece entre el autor, como docente, que muestra el producto de su estudio, y el lector, como discípulo, que no sólo sigue la trama del relato, sino que además tiene interés en conocer los sucesos históricos que se narran. Es decir, el novelista ha de tener algo de historiador, una de sus intenciones prioritarias debe ser provocar el afán de conocimiento histórico en el receptor, convertirlo, en buena medida, en un lector de historia*³. En cualquier caso, el fin principal de la novela histórica no es didáctico, lo que no quiere decir que, hábilmente usada por el docente, no pueda convertirse en un elemento didáctico de utilidad. Podríamos, por el contrario, decir que el fin de la mejor novela histórica es indagar en aquellos aspectos oscuros de la realidad a los que no siempre llega la Historia. Así John Barth defiende la

¹ George Gusdorf, “Pasado, presente y futuro de la investigación interdisciplinaria”, en *Interdisciplinariedad y ciencias humanas*, dir. Léon Apostel (Madrid: Editorial Tecnos-UNESCO, 1982), 33-52.

² La Escuela de Annales recibe su nombre de una revista, Annales d'histoire économique et sociale. Revista que se empezó a editar en 1929 por la Universidad de Estrasburgo y dirigida por Lucien Febvre y Marc Bloch. La joven revista se convertiría muy rápidamente en una referencia para los historiadores de todo el globo. Los artículos publicados en ella se caracterizan por la búsqueda de la ampliación de los campos de la Historia. La Escuela de los Annales intenta incorporar todos aquellos campos del conocimiento humano que puedan resultar útiles. La antropología, la sociología, la estadística, la lingüística, la economía... Todas son bienvenidas y todas son de gran importancia.

³ Antonio Cascón, “Novela histórica e historiografía clásica”, *Revista de Estudios Latinos* (Nº6; Facultad de Filología Departamento de Filología Latina, Universidad Complutense de Madrid, 2006), 217-238.

importancia, la necesidad, de acudir a la Literatura para contar la Historia: *¿Hubiera tenido el mundo noticia alguna de Agamenón, o del fiero Aquiles, o del ingenioso Odiseo, o del cornudo Menelao de no ser porque el gran Homero habló de ellos en verso? ¿Cuántas batallas de mayor importancia creéis vos que se han perdido en el polvo de la historia por falta de un poeta que las cantara para la posteridad? (...) ¿Qué sería Grecia sin su Homero, Roma sin su Virgilio contando sus glorias? Los héroes perecen, las estatuas sucumben, los imperios se desmoronan; pero la Iliada se ríe del tiempo y los versos de Virgilio son hoy tan verdaderos como el día en que fueron compuestos.*⁴

El gran defensor de la relación entre la narrativa histórica y la literaria es, sin duda, el profesor Hayden White quien, pese a que no fue el primero en establecer la relación entre ambas, si lo fue en estudiar en profundidad y sistemáticamente los elementos literarios presentes en la historiografía. En su conocido libro “Metahistoria”⁵, White establece interesantes paralelos entre la historia y la ficción pues considera que la historia se sirve de las tramas literarias a la hora de explicar cómo ocurrieron los acontecimientos. En su obra, White descubre las estructuras profundas para la explicación y comprensión del lenguaje poético que subyace en los diferentes discursos históricos, así como las formas de articulación o estilos historiográficos que ejemplifican cada uno de los tipos de narración o relato del pasado.

Decir, por último, que, en cuanto a capacidades generales y al aprovechamiento didáctico para los alumnos, el trabajo cooperativo entre la Historia y la Literatura propicia la transferencia de conceptos, habilidades y metodologías de una disciplina a otra. Por ejemplo, la aplicación de métodos propios del análisis de escritos literarios, que intentan explicar el significado del texto atendiendo a la forma (recursos retóricos, léxico, tono, etc.), a fuentes históricas como discursos políticos, crónicas, artículos periodísticos, etc. posibilita una aproximación más crítica al texto y a la intencionalidad del autor. Por su lado, el estudio de una época histórica permite comprender el surgimiento de corrientes literarias, sus motivaciones y características particulares para establecer relaciones de causalidad y conexiones entre el contexto histórico y la producción literaria.

La II Guerra Mundial y, dentro de esta, determinados episodios claves como la invasión de Francia, han sido un terreno literario de primer orden. Mi intención en este artículo es hacer una propuesta didáctica, a través del uso de la literatura, para estudiar ese importantísimo episodio: la ocupación nazi de Francia.

La invasión de Francia

La suerte de Francia había quedado echada cuando los nazis consiguieron romper sus defensas en Sedan el 16 de mayo. El primero que asumió tal realidad fue el propio primer ministro francés, Paul Reynaud, que, cuando supo del desastre de Sedan, llamó a Winston Churchill para informarle de la inevitable derrota que eso suponía. Así lo recordaba el propio Churchill:

“A eso de la siete y media de la mañana me desperté con la noticia de que Reynaud estaba al teléfono que tengo junto a la cama. Habló en inglés y se notaba que estaba muy tenso: “Hemos sido derrotados.” Como no le respondí de inmediato repitió: “Nos han vencido; hemos perdido la batalla.” Le dije: “¿Cómo puede haber ocurrido tan rápido?” Pero él respondió: “Han roto el frente cerca de Sedan y están entrando en grandes cantidades con carros de combate y vehículos blindados”, o algo por el estilo. Entonces le dije: “La experiencia demuestra que la ofensiva acabará dentro de poco. Recuerdo el 21 de marzo de 1918. Al cabo de cinco o seis días tienen que parar para aprovisionarse y entonces se presenta la oportunidad del contraataque. Esto lo supe en su momento de boca del propio mariscal Folch.” Sin duda, esto era lo que siempre habíamos visto en el pasado y lo que tendríamos que haber visto

⁴ John Barth, *El plantador de tabaco* (Madrid: Editorial Catedra, 1991), 718.

⁵ Hayden White, *Metahistoria: la imaginación histórica en la Europa del siglo XIX* (Madrid: Fondo de Cultura Económica, 2001)

*en ese momento. Sin embargo, el primer ministro francés repitió la frase con la que había comenzado, que resultó ser cierta: “Hemos perdido la batalla.”*⁶

El único plan de Francia consistía en esos momentos en la esperanza de que Inglaterra les enviase más escuadrones de cazas, una petición a la que los británicos no podían acceder y no accedieron. Y no sólo por no hallarse en plena disposición para ello, sino también por su falta de confianza en la voluntad de los dirigentes militares franceses. Tenían motivos para esa desconfianza, el General Weygand (máxima autoridad del ejército francés en esos momentos) y el mariscal Pétain (héroe de la Primera Guerra Mundial) eran firmes partidarios de un entendimiento con los alemanes. Por el contrario, el primer ministro, Reynaud, y el general De Gaulle se negaban a capitular. El orgullo y patriotismo de De Gaulle se había visto últimamente herido en lo más profundo, especialmente cuando tuvo noticias del episodio que se relata a continuación:

*“De Gaulle estaba ansioso por entrar en acción, sobre todo después de haber tenido conocimiento de la insolencia con la que las tripulaciones de los tanques alemanes trataban a sus compatriotas. Cuando daban órdenes a las tropas francesas que se encontraban a su paso, simplemente les indicaban que tiraran sus armas y que marcharan hacia el este. Su grito de despedida, “No tenemos tiempo de llevaros prisioneros”, ofendía en lo más profundo el sentimiento patriótico de De Gaulle.”*⁷

El 11 de junio, Winston Churchill, junto con algunos de los más altos cargos militares, voló a Francia para mantener una reunión con Reynaud, Weyland, Pétain y De Gaulle. Su ánimo en el vuelo de regreso a Londres era de lo más sombrío. Se había dado cuenta de que Pétain y Weyland estaban firmemente decididos a capitular, a no asumir ninguna culpa del ejército francés y a culpar, por el contrario, a todo tipo de sectores, desde el Frente Popular a los maestros de escuela que, según Weyland, *“se han negado a fomentar entre los niños el patriotismo y el espíritu de sacrificio”*.⁸

Dos días más tarde, el gobierno francés se trasladó a Burdeos, en lo que fue el último movimiento de su resistencia. Los ánimos eran más derrotistas cada día. Al consulado británico en la ciudad llegaban cada día cientos de judíos desesperados por huir y los seguidores de Pétain cada vez disimulaban menos, incluso uno de los ministros que le apoyaban, Jean Ybarnegaray llegó a decir lo siguiente: *“Mejor ser una provincia nazi; al menos, ya sabemos lo que quiere decir”*, el presidente Reynaud, indignado, le contestó: *“Yo prefiero colaborar con mis aliados antes que con mis enemigos”*. Pero Reynaud no aguantó más las presiones de los llamados *capitulards* y acabó por presentar su dimisión al Presidente de la III República. Pétain se hizo cargo del gobierno y De Gaulle se trasladó a Londres tras estos acontecimientos. Hitler estaba cerca de pasearse por París.

Así las cosas, el nuevo gobierno de la Francia “no ocupada”, presidido por el mariscal Pétain, se estableció en la localidad de Vichy y, desde allí, se dedicó al más absoluto y vergonzoso colaboracionismo con los alemanes. Un apoyo fortísimo apuntalado por la elección del infame Pierre Laval como primer ministro. Basta conocer el siguiente dato para darse cuenta de la extrema comodidad con la que el régimen de Vichy facilitó la ocupación alemana: hasta 1942, los alemanes necesitaron poco más de treinta mil hombres (menos del doble de los efectivos con que contaban las fuerzas policiales parisiñas) para mantener el orden en toda Francia.

Mientras tanto, el general Charles De Gaulle abandonó Burdeos el 17 de junio y al día siguiente, desde Londres se dirigió al pueblo francés en una histórica alocución radiofónica retransmitida por la BBC (que llevó a cabo la retransmisión por orden directa de Churchill). El discurso, sobradamente conocido, fue el siguiente:

⁶ Winston Churchill, “La segunda guerra mundial. Vol. I” -traducción de Alejandra Devoto- (Madrid: Edit. La esfera de los libros, 2004), 429.

⁷ Antony Beevor, “La Segunda Guerra Mundial” (Barcelona: Editorial Pasado y Presente, 2012), 146.

⁸ *Ibidem*, 170

“Los jefes que desde hace varios años están al frente del ejército francés, han formado un gobierno. Ese gobierno, alegando la derrota de nuestro ejército, estableció comunicación con el enemigo para cesar los combates. Por supuesto, hemos estado, y estamos, hundidos por la fuerza mecánica, terrestre y aérea del enemigo. Infinitamente más que su número, los tanques, los aviones y la táctica de los alemanes nos hacen retroceder. Los tanques, los aviones y la táctica de los alemanes han sorprendido a nuestros mandos, al grado de llevarlos a la situación en la que hoy se encuentran.

Pero, ¿se ha dicho la última palabra? ¿La esperanza debe desaparecer? ¿La derrota es definitiva? ¡NO! Créanme, a mí, que les hablo con conocimiento de causa y les digo que nada está perdido para Francia. Los mismos medios que nos han vencido pueden darnos un día la victoria. ¡Pues Francia no está sola! ¡No está sola! Tiene un vasto imperio de su lado. Puede formar bloque con el Imperio Británico que domina el mar y continúa la lucha. Puede, como Inglaterra, utilizar sin límites la inmensa industria de los Estados Unidos. Esta guerra no se limita al triste territorio de nuestro país. Esta guerra no se decidió en la Batalla de Francia. Esta guerra es una guerra mundial. Todos los errores, todos los retrasos, todos los sufrimientos, no impiden que haya en el universo los medios necesarios para aplastar un día a nuestros enemigos. Aplastados hoy por la fuerza mecánica, podemos vencer en el futuro con una fuerza mecánica superior. El destino del mundo está en juego.

Yo, el general De Gaulle, actualmente en Londres, invito a los oficiales y a los soldados franceses que se encuentren actualmente en territorio británico, o que ahí vinieran a encontrarse, con sus armas o sin ellas; invito a los ingenieros y obreros especialistas de la industria de armamento, que se encuentren en territorio británico, a ponerse en contacto conmigo. Pase lo que pase, la llama de la Resistencia Francesa no debe apagarse y no se apagará. Mañana, igual que hoy, hablaré en la Radio de Londres.”

La honte de la France: Vichy

París, 14 de junio de 1940. La Wehrmacht se pasea por la ciudad sin ninguna resistencia. La debacle se ha materializado, la democracia francesa se ha inclinado ante el Tercer Reich. El 21 de junio concluyeron los preparativos para la firma del armisticio. En el mítico vagón de tren del mariscal Foch (en el que Alemania había firmado la rendición en 1918), una delegación alemana compuesta por Hitler, Göring, Ribbentrop, Rudolf Hess, Raeder, Keitel y Brauchitsch recibió al general Huntziger y los delegados franceses, a los que se informó de que Alemania iba a ocupar la mitad de la zona septentrional de Francia y la costa atlántica. Las otras dos quintas partes del país quedarían en manos del gobierno de Pétain, que podría disponer de un ejército de cien mil hombres. Por su parte, Alemania respetaría la flota y las colonias francesas. Francia firmó, el armisticio fue oficial el 25 de junio y el 28 de junio, por la mañana, Hitler se paseó por París.

Una vez que los alemanes definieron cuál era la llamada “Francia no ocupada”, Pétain y su gobierno se establecieron en el balneario de Vichy, donde, el 10 de julio, la Asamblea Nacional concedió plenos poderes al mariscal y suspendió la democracia parlamentaria. Al día siguiente nació el estado francés presidido por el mariscal Pétain y con Pierre Laval como primer ministro. Desde este momento la llamada “Francia de Vichy” se embarcó en un lamentable camino.

No obstante, para la mayoría de los franceses, ver a Pétain al frente de la situación en ese momento resultaba tranquilizador:

“Aún hoy, los franceses más ancianos recuerdan dónde estaban y cómo se sintieron cuando se enteraron de la decisión de Pétain. Y muy pocos afirmarían que, en ese momento, se sintieron humillados. “Estaba en un tren, me sentía completamente abatido, y alguien gritó: “¡Armisticio!”, recordaría Francini, actor de “music hall”. “¡Qué alivio, qué alegría! La pesadilla ha terminado, pensé. Yo no era un “pétainiste”, pero me pregunté, ¿quién podría haberlo hecho, sino Pétain?”. Quienes estaban en el ejército, inmersos en una caótica retirada, guardan un recuerdo similar: “Si estabas en la carretera, sin prácticamente armas, y un hombre al que todos respetábamos cogía el micrófono,

tu respuesta era que sí”, declararía Michel Déon. “Soltamos un suspiro de alivio. Estábamos física y moralmente en las últimas. No nos quedaba munición. Nunca he visto a un país tan de rodillas.”⁹

El régimen de Pétain introdujo medidas contra los judíos, incluso sin necesidad de que se lo pidiesen los alemanes. Se crearon documentos especiales de identidad para los judíos, se elaboraron censos, se ordenó la identificación de los negocios pertenecientes a judíos, etc. Especialmente vergonzosa resultó la llamada *grande rafle*, una redada llevada a cabo el 16 de julio de 1942 en París en la que la policía francesa detuvo a unos trece mil judíos (incluidos cuatro mil niños) que fueron transportados al Vélodrome d’Hiver. Casi todos ellos murieron en los campos de concentración alemanes. En el siguiente párrafo queda muy claro cómo era el aire que se respiraba en Vichy:

“El “Service d’Ordre Légionnaire”, organización que incluía a los secuaces del coronel De la Rocque, procedentes de la Croix de Feu de preguerra, acabó por convertirse en la Milice Nationale en enero de 1943. Cada uno de sus miembros había de formular el siguiente juramento: “Prometo luchar contra la democracia, la insurrección de los seguidores de De Gaulle y la lepra judía”. Los funcionarios y oficiales militares debían hacer un voto personal de lealtad para con el jefe de estado, al igual que sucedía en la Alemania nazi (...) El culto que se había creado en torno a la persona del mariscal lo presentaba como un hombre ajeno por completo a estas cuestiones. Se vendieron cientos de miles de ejemplares enmarcados de su retrato: era casi obligatorio que todo comerciante tuviese uno colocado en el escaparate de su establecimiento (...) Por todos lados había carteles del hombre que se veía a sí mismo como el impasible abuelo de Francia. En ellos podía leerse la consigna que proclamaba los sencillos pilares de su devoción: Travail, Famille, Patrie, con los que la revolución nacional había sustituido la trinidad republicana de Liberté, Egalité, Fraternité.”¹⁰

En la Francia de Vichy quedó abolida la separación de poderes y, por supuesto, las elecciones para elegir a los gobernantes. Pétain solo era responsable ante Dios, ni siquiera ante su pueblo. Es el pastor, el guía que genera una aparente unanimidad. El árbitro entre gobernantes y gobernados. El padre de una Francia (o de una parte de ella), cuya sociedad estaba fuertemente jerarquizada y exaltaba los valores más tradicionales: el trabajo, la familia, la vuelta al campo y, por supuesto, la religión y el fuerte patriotismo. Como los demás Estados fascistas, Vichy participa de la ideología corporativista.

A pesar de todo esto, la mentira de que el régimen de Vichy representaba a toda la nación parecía ampliamente aceptada y hasta cuarenta Gobiernos enviaron a sus representantes y la población de Vichy creció hasta los 130.000 habitantes.

Propuestas literarias

Como se ha comentado al principio del artículo, se pretende ilustrar la situación histórica descrita con una serie de textos que sirvan al profesor para su mejor explicación y ayuden a la comprensión del alumno. Por la complejidad de los hechos y el nivel de los textos, se ha pensado que la edad ideal para llevar a cabo estas propuestas en el aula, estaría en torno a los 16-17 años. Es decir, un 1º de Bachillerato en España.

He querido escoger un fragmento del libro *Suite francesa*, de Irene Némirovski, otro de *Vichy, 1940*, de Fernando Schwartz y, por último, unos textos de la excelente novela *El silencio del mar*, del francés Vercors.

En *Suite francesa*, Némirovski (autora de origen judío, motivo que acabó llevándola a morir en Auschwitz) retrata la vida durante la invasión y ocupación alemana de Francia. En su primera parte, *Tempête en juin*, retrata la huida de los ciudadanos de París en los días inmediatamente anteriores y posteriores a la invasión alemana, componiendo un perfecto y emocionante retrato de la situación:

⁹ Alan Riding, “Y siguió la fiesta” (Barcelona: Galaxia Gutenberg, 2012), 64.

¹⁰ *Ibidem*, 64

“Caliente, pensaban los parisinos. El aire de primavera. Era la noche en guerra, la alerta. Pero la noche pasaría, la guerra estaba lejos. Los que no dormían, los enfermos encogidos en sus camas, las madres con hijos en el frente, las enamoradas con ojos ajados por las lágrimas, oían el primer jadeo de la sirena. En unos instantes, todo el cielo se llenaría de clamores. Llegaban de muy lejos, de los confines del horizonte, sin prisa, se diría. Los que dormían soñaban con el mar que empuja ante sí sus olas y guijarros, con la tormenta que sacude el bosque en marzo, con un rebaño de bueyes que corre pesadamente haciendo temblar la tierra, hasta que al fin el sueño cedía y, abriendo apenas los ojos, murmuraban: “¿Es la alarma?” Más nerviosas, más vivaces, las mujeres ya estaban en pie. El día anterior, lunes 3 de junio, por primera vez desde el comienzo de la guerra habían caído bombas sobre París. Sin embargo, la gente seguía tranquila. Las noticias eran malas, pero no se las creían. Tampoco se habían creído el anuncio de una victoria. “No entendemos nada”, decían. Las madres vestían a los niños a la luz de una linterna, alzando en vilo los pesados y tibios cuerpecillos: “Ven, no tengas miedo, no llores.” Es la alerta. Se apagaban todas las lámparas, pero bajo aquel dorado y transparente cielo de junio se distinguían todas las calles, todas las casas. Las ventanas mal camufladas, los tejados que brillaban en la ligera penumbra, los herrajes de las puertas cuyas aristas relucían débilmente, algunos semáforos que, no se sabía por qué, tardaban más en apagarse... El Sena los captaba y los hacía cabrillear en sus aguas. Desde lo alto debía de parecer un río de leche. Guiraba a los aviones enemigos, opinaban algunos. Otros aseguraban que eso era imposible. En realidad no se sabía nada. “Yo me quedo en la cama – murmuraban voces somnolientas -, no tengo miedo.” “De todas maneras, basta con que nos toque una vez”, respondía la gente sensata. A través de las vidrieras que protegían las escaleras de servicio de los edificios nuevos, se veían bajar una, dos, tres lucecitas: los vecinos del sexto huían de las alturas. Blandían linternas, encendidas pese a las normas. “No tengo ganas de romper la crisma en las escaleras. ¿Vienes, Émile?” La gente bajaba la voz instintivamente, como si todo se hubiera poblado de ojos y oídos enemigos. Se oían puertas cerrándose una tras otra. En los barrios populares, el metro y los malolientes refugios estaban siempre llenos, mientras que los ricos preferían quedarse en las porterías, con el oído atento a los estallidos y las explosiones que anunciarían la caída de las bombas, con el alma en vilo, con el cuerpo en tensión, como animales inquietos en el bosque cuando se acerca la noche de la cacería. No tardaría en hacerse de día; una claridad malva y plata se deslizaba por los adoquines, por los pretiles del río, por las torres de Notre-Dame. Se oían cañonazos bastante lejanos, pero, a medida que se acercaban, todos los cristales temblaban en respuesta. En habitaciones cálidas con las ventanas cuidadosamente tapadas para que la luz no se filtrara fuera, nacían criaturas, y su llanto hacía olvidar a las mujeres el aullido de las sirenas y de la guerra. En los oídos de los moribundos, los cañonazos parecían débiles y carentes de significado, un ruido más en el siniestro rumor que acoge al agonizante como una ola. Acurrucados contra el cálido costado de sus madres, los pequeños dormían apaciblemente, chasqueando la lengua con un ruido parecido al del cordero al mamar. El sol, muy rojo todavía, ascendía hacia un cielo son nubes. De pronto, un cañonazo sonó tan cerca de París que los pájaros abandonaron lo alto de todos los monumentos. Grandes pájaros negros, invisibles el resto del tiempo, planeaban en las alturas, extendiendo al sol sus alas escarchadas de rosa. A orillas del Sena, cada álamo tenía su racimo de pajarillos pardos que cantaban con todas sus fuerzas. En el fondo de los subterráneos se oyó al fin una llamada muy lejana, amortiguada por la distancia, una especie de diana de tres tonos. La alerta había acabado.¹¹

Fernando Schwartz, en su premiada novela *Vichy, 1940*, nos sitúa en la ciudad francesa de Vichy, en el segundo semestre de 1940, cuando se instala el Gobierno francés en esta ciudad balneario. Es un excelente documento para complementar las explicaciones sobre este régimen político de carácter colaboracionista instituido en la II Guerra Mundial tras el armisticio franco-alemán con el mariscal Pétain a la cabeza. La novela refleja la posición más o menos rápida de la ciudad balneario para convertirse en refugio de políticos, periodistas, espías, y artistas, entre otra fauna, y su comportamiento en tan complicado contexto social y político. Veamos algunos de sus párrafos. En este describe perfectamente, el ambiente de la ciudad anterior a la llegada del gobierno del general Pétain:

¹¹ Irene Némirovski, “Suite francesa” – Traducción de José A. Soriano Marco – (Barcelona: editorial Salamandra, 2004), 33-35

“El 30 de junio de 1940, el nuevo gobierno de Francia llegó para instalarse en Vichy. (...) Había oído, como muchos en Vichy, aunque la cosa me inspirara menos optimismo que a la mayoría, que las hostilidades apenas durarían unas semanas más y que la situación acabaría resolviéndose en lo más natural: la pronta, inevitable y limpia victoria de los más fuertes, al lado de quienes, por evidentes razones, convenía estar. Claro, desde luego. Seguro que sí. ¿Pero es que nadie había aprendido nada? Les daría yo la batalla del Ebro y las purgas del partido comunista y los fusilamientos de Franco para que fueran enterándose todos de lo que se les venía encima.

A Philippe Pétain, el héroe de Verdún, salvador de Francia en 1918, se le había ocurrido asegurar a sus compatriotas veinte años después de aquella guerra insufrible que la nueva catástrofe se evitaría sin necesidad de que ellos se lanzaran a pelear una vez más contra el invasor: Para esa tarea sublime él se bastaba y sobraba: llegada la hora del sacrificio, hacia donación de su persona a Francia para así atenuar la infelicidad de la patria. “Seguro que, encima, este imbécil se lo cree a pies juntillas”, mascullé para mis adentros. Sorprendido de mi osadía, levanté la cabeza para asegurarme de que no me había podido oír ningún paseante cercano. Sonreí aliviado. ¡Qué me iban a oír! Estaban todos como papanatas apretujándose frente al hotel du Parc por si pudieran divisar al mariscal en un instante de delirio y no se iban a fijar en este dandy solitario que rumiaba sus quejas al otro lado del parque. “Pétain”, exclamé en voz alta poniendo los ojos en blanco. En qué cabeza cabe. Primero se rinde a los alemanes porque decide no luchar y luego acepta que le dejen un trocito de la patria para hacerse la ilusión de que el país sobrevive intacto. Donación de su persona. Vaya, hacia donación de su persona ocupando una suite en el hotel du Parc, acompañado de la mariscala y sin más riesgo para su vida que el mal estado de alguna ostra servida en el almuerzo. Y además le debía de parecer glorioso y valiente recomendar la rendición del ejército francés ante el asalto arrollador de la Wehrmacht: “con el corazón encogido os digo que debemos dejar de combatir”. Ésas habían sido sus palabras en la radio. ¿Cómo diablos conseguiría un viejo soldado de ochenta y cuatro años atenuar la desgracia de Francia entregándose por ella? Este hombre chochea. Así me lo parecía y estaba seguro de no equivocarme: apenas una semana antes, mi confidente y amigo Armand de la Buissonnière, destinado desde el primer momento del armisticio en el gabinete civil del mariscal, me había asegurado que el coronel De Gaulle afirmaba de Pétain que, a su edad proveya, era demasiado orgulloso para la intriga, demasiado fuerte para la mediocridad, demasiado ambicioso para trepar y que encima lo consumía la pasión por el poder. La vejez es un naufragio, había dicho De Gaulle.”¹²

Por último, trabajaríamos con un texto de *El silencio del mar*, de Vercors, posiblemente la obra más representativa de la Resistencia cultural francesa contra la ocupación alemana durante la Segunda Guerra Mundial. El argumento de la novela es el siguiente: un joven oficial del ejército alemán de ocupación, músico en su vida civil, se ve obligado a alojarse en una casa habitada por un anciano y su sobrina. El oficial, de nombre Werner von Ebrennac, resulta ser una persona culta, sensible, amante de Francia y de exquisita educación, que desconoce las barbaridades nazis y piensa, sinceramente, que Francia y Alemania acabarán entendiéndose para bien de ambas. Sus anfitriones, el anciano y la sobrina, jamás le dirigen la palabra. Le escuchan noche tras noche, pues el oficial nunca deja de pasar un rato junto a ellos intentando resultar agradable y, siempre, desde la más esmerada educación. Pero el tío y la sobrina callan. Francia calla, con un estudiado desprecio, ante la situación impuesta por los alemanes. Un día, el oficial, tras pasar unas jornadas en París junto a otros oficiales alemanes, vuelve horrorizado. Sus ojos se han abierto ante la salvajada que perpetran “los suyos”, su antiguo optimismo ha trocado en desesperación. Así se lo cuenta a sus anfitriones en la última noche que pasa allí antes de irse, voluntariamente, al frente. El horror se ha manifestado en toda su claridad, no puede disimularlo, sus anfitriones así lo perciben y, por primera vez, la sobrina (cada vez más enamorada, de una manera silenciosa, al pasar de los meses), trasunto de Francia, le dirige la palabra: “Adieu”.

En el siguiente párrafo, encontramos la visión del Werner von Ebrennac sobre el mariscal Pétain y las nuevas relaciones entre Alemania y Francia:

¹² Fernando Schwartz, “Vichy, 1940” (Madrid: Espasa, 2007), 28-30

“Realmente compadezco a este hombre, a pesar del desprecio que me inspira, como a ustedes. Aquellos a quienes manda obedecer al temor y no al amor. Un jefe que no tiene el amor de los suyos es sólo un miserable maniquí. Solamente que..., solamente... ¿se podía esperar otra cosa? ¿Quién, pues, sino un ambicioso tan taciturno, hubiera aceptado ese papel? Pero era necesario. Era necesario que alguien aceptara vender a su patria, porque hoy –hoy y por mucho tiempo- Francia no puede caer voluntariamente en nuestros brazos abiertos sin perder a sus ojos su propia dignidad. Con cierta frecuencia, la más sórdida alcahueta se encuentra en la base de la más dichosa alianza. No por ello la alcahueta es menos despreciable, ni la alianza menos feliz.

Hizo sonar el libro al cerrarlo, lo metió en el bolsillo de su chaqueta y, con un movimiento maquinal, golpeó dos veces el bolsillo con la palma de la mano. Después, iluminado su largo rostro por una expresión de felicidad, dijo:

-Debo advertir a mis anfitriones que estaré ausente dos semanas. Me alegro de ir a París. Me ha llegado un permiso y lo pasaré en París, por primera vez. Es un gran día para mí. Es el día más grande, en espera de otro que aguardo con toda mi alma y que será más grande aún. Sabré esperar años, si es preciso. Mi corazón tiene mucha paciencia.

*Supongo que en París veré a mis amigos, muchos de los cuales participan en las negociaciones que mantenemos con sus dirigentes políticos para preparar la maravillosa unión de nuestros dos pueblos. Así que seré un poco el testigo de este matrimonio... Quiero decirles que me alegro por Francia, cuyas heridas cicatrizarán de este modo muy deprisa; pero me alegro aún más por Alemania, ¡y por mí mismo! ¡Nunca se habrá beneficiado nadie de una buena acción como Alemania devolviendo a Francia su grandeza y su libertad!”*¹³

Sin embargo, tras este viaje a París, que le llena de felicidad y optimismo, el sensible y educado oficial se esconde durante días de sus anfitriones, no se atreve a compartir espacio físico con ellos y, cuando al fin lo hace, les dirige estas palabras:

*-Todo lo que he dicho en estos seis meses, todo lo que ha oído las paredes de este cuarto... - respiró con un esfuerzo de asmático, mantuvo el pecho hinchado – es necesario... - respiró -, es necesario olvidarlo. (...) He visto a esos hombres victoriosos. He hablado con ellos. Se han reído de mí. (...) Me han dicho: “¿No te has dado cuenta de que nos burlamos de ellos?”. Eso me ha dicho. Exactamente. Me dijeron: “¿No supondrás que vamos a permitir estúpidamente que Francia se rehaga ante nuestras fronteras? ¿No?”. Se rieron con ganas. Me golpeaban alegremente la espalda, mirándome a la cara: “¡No somos músicos!” (...) Entonces hablé durante mucho tiempo, con gran vehemencia. Ellos chistaban: ¡Tst! ¡Tst! Dijeron: “La política no es un sueño de poeta. ¿Por qué supones que hemos hecho la guerra? ¿Por su viejo Mariscal?”. Volvieron a reír: “No somos locos, ni necios; tenemos la ocasión de destruir Francia, y la destruiremos. No solamente su poder: también su alma. Su alma sobre todo. Su alma es el mayor peligro.”*¹⁴

Aprovechamiento didáctico de los textos

Vamos ahora a establecer los objetivos a los que aspiramos con el uso de los textos utilizados:

- 1) Proporcionar un acercamiento al acontecimiento histórico que resulte distinto y motivador.
- 2) Transmitir la importancia de la Literatura en el conocimiento de la Historia.
- 3) Practicar el hecho interdisciplinar en la enseñanza.
- 4) Trabajar todas las destrezas a través de un texto.
- 5) Fomentar la lectura en nuestros alumnos y tratar de crear un hábito.
- 6) Enriquecer el vocabulario de los alumnos.

¹³ Vercors, “El silencio del mar y otros relatos clandestinos” – Traducción de Santiago Santerbás - (Madrid: editorial Cátedra, 2015), 74-75.

¹⁴ *Ibidem*, 83-85.

A partir de estos objetivos, el siguiente paso sería proponer algunas actividades que ayuden a estructurar el trabajo con los textos y colaboren al máximo aprovechamiento de los mismos.

La primera fase sería la lectura atenta del texto y constaría de dos actividades que complementarían esa lectura y nos darían la medida del aprovechamiento de la misma.

En primer lugar, haríamos una nueva lectura en la que se subrayarían las ideas principales. Por ejemplo, en el texto de Schwartz, las ideas principales tienen que ver, lógicamente, con las líneas que establecen los hechos históricos verídicos y con la opinión que estos le merecen al protagonista: *“El 30 de junio de 1940, el nuevo gobierno de Francia llegó para instalarse en Vichy”* o *“Pétain”, exclamé en voz alta poniendo los ojos en blanco. En qué cabeza cabe. Primero se rinde a los alemanes porque decide no luchar y luego acepta que le dejen un trocito de la patria para hacerse la ilusión de que el país sobrevive intacto.*” ¿Qué pasó con Francia para que tuviera que trasladar a su gobierno, desde París, a Vichy? ¿Quién era Pétain, que inspiraba tanto desprecio al protagonista? ¿Por qué se dice que aceptó que le dejaran “un trocito de la patria”? Ese es el tipo de preguntas a las que tendrían que contestar los alumnos.

En segundo lugar, una vez trabajadas estas ideas principales, les pediríamos que pongan ellos mismo un título a los textos. Un título que, lógicamente, tenga que ver con esas ideas, pues esa resulta una forma ideal de comprobar si, efectivamente, han captado la esencia del texto.

La segunda fase sería la denominaríamos “Información y clasificación del texto” pues, tras la lectura atenta, que era la esencia de la fase anterior, e implicaba la comprensión total de cada una de sus ideas, ahora pasaríamos a examinar detenidamente determinados aspectos del texto para lograr su singularización: la naturaleza, el autor, los destinatarios y las circunstancias espacio-temporales.

En primer lugar, pediríamos que respondan a la pregunta de ¿cómo es el texto? ¿Cómo llamar al texto? Con esto pretendemos aplicar al fragmento un nombre que lo singularice y ayude a su clasificación. Se pueden distinguir, como sabemos, distintas clases de textos: geográficos, demográficos, económicos, políticos, jurídicos, sociales, antropológicos, artísticos, literarios o historiográficos. Evidentemente, en este caso, hablamos siempre de textos literarios

En segundo lugar, investigaríamos sobre el autor. ¿Es un autor individual o colectivo? ¿Quién es? ¿Qué sabemos de él? ¿Vivió en tiempo real los hechos que nos cuenta en el texto? Por ejemplo, tanto Némirovski como Vercors escriben y novelan sobre hechos que están viviendo en tiempo real. El texto de Fernando Schwartz, sin embargo, está escrito muchos años después de los hechos que narra y él no los vive, sino que se ha documentado para escribirlos. Estos matices dan mucha información sobre el texto y deben ser investigados y comprendidos por los alumnos.

En tercer lugar, hablaríamos de los destinatarios. Para responder a esta pregunta se señalará si el destinatario es una comunidad internacional, una comunidad nacional, una comunidad local, un grupo concreto de personas, una sola persona o, incluso, si el único destinatario es el propio autor, como pasa a veces con las reflexiones en los diarios. ¿Hablamos, por lo tanto, de un texto público o privado?

En una tercera fase, llevaríamos a cabo el comentario e interpretación del texto. Esta es la labor que realmente demuestra si los alumnos han comprendido bien y son capaces de interpretar los textos. Tendremos que analizarlo gradualmente desde los conceptos más sencillos hasta el tema profundo. Debemos pedir a los alumnos que clasifiquen los textos, se trata de textos literarios, evidentemente, pero ¿de carácter público o privado? ¿Novela, memorias, poesía? A continuación, recogeríamos algunos datos biográficos del autor, únicamente los más importantes y esclarecedores para la comprensión del texto, intentado relacionar, si procede, los pasajes de la biografía de los autores con el hecho histórico que aquí se explica. Tras esto, intentaríamos responder a preguntas como: ¿Qué ideas principales transmite el texto? ¿Qué referencias históricas –situaciones, personajes, hechos- aparecen en el texto? ¿Por qué crees que se elaboró el texto, cuáles eran sus fines? ¿Qué sabes de las cuestiones sobre las que hablan los textos? ¿Te parece que el texto aporta algo para el mejor conocimiento de los hechos? ¿Crees que se puede aprender Historia desde la Literatura?

Tras contestar a esas cuestiones, propondríamos a los alumnos que escribiesen su propio texto literario, en cualquiera de sus formas –memorias, poesía, fragmento de novela, diálogo de teatro...- que trate de los acontecimientos históricos que hemos estudiado. Buscamos con esto consolidar en los alumnos la idea de que la elaboración de un material literario también es perfectamente válida para un aprendizaje de tipo histórico.

Por último, pediríamos a los alumnos la búsqueda de más textos literarios, de los tres autores que aquí hemos repasado, que estén vinculados a situaciones de tipo histórico. Ésta sería una manera atractiva y activa de aprender algo más de su obra, además, como siempre, de profundizar en conocimientos históricos.

Consideramos que con estas actividades se cumplirían los objetivos planteados inicialmente y se lograría un buen aprovechamiento de los textos.

Conclusiones

Resulta evidente que Historia y Literatura están interrelacionadas y que ambas, cooperando, contribuyen a la comprensión de un momento histórico y de su sociedad particular, permitiendo así que los interesados en enseñar y aprender Historia puedan aprender más del pasado a través de la narración dramatizada del mismo que nos aporta la Literatura. ¿Cuánto de la sociedad refleja la Literatura? ¿Cómo moldea ésta la percepción de la Historia? Es más: ¿En qué medida los textos literarios han influido de una manera real, práctica, en determinados hechos históricos?

Debemos considerar el impacto de la Literatura en el comportamiento y el pensamiento de diversos grupos sociales. Las lecturas, nuestras lecturas, moldean la forma en que vemos el mundo y la creación literaria es, por lo tanto, un producto cultural, un evento histórico, digno de ser estudiado también por los historiadores pues aporta variables importantes para el conocimiento de una sociedad. En definitiva, el estudio de la Literatura es importante para la Historia con el objetivo de saber cómo se moldean los comportamientos e identidades colectivas e individuales.

Cabe añadir, además, que los nuevos modos de hacer historia, las parcelas de interés que aparecieron con fuerza a partir de mediados del siglo XX, especialmente por la labor de la Escuela de Annales, fundamentalmente la historia de la cultura y de las mentalidades, nos obligan a salir de los archivos en busca de nuevas fuentes que nos ayuden a reconstruir la historia de las sociedades, de los pueblos, de las gentes anónimas que hacen la historia, algo para lo que la Literatura tiene un especial valor.

